

Josep Maria de Sagarra, «El imponderable teatral», a *Destino*, 809 (07/02/1953)

Se ha dicho entre la gente de teatro, autores, actores y empresarios, que nuestro público rechaza en los escenarios todo lo que sea preocupación, emoción o tristeza; todo lo que obliga a pensar, a ponerse serio y a ponerse de mal humor. Se ha creído haber logrado una clara estadística de este fenómeno, y se han citado muchísimos ejemplos arrancados de la realidad. Esto ha marcado una pauta en la orientación de empresas y compañías, porque el teatro es un negocio, y el consumidor es el público. Por muy buenas intenciones de tipo intelectual, por muy buenos deseos de probidad artística, los que sirven el teatro al público se han visto forzados a preferir para sus carteleras aquellas obras cuyo objetivo único consiste en distraer, atontar y provocar la risa en la forma que sea. Hemos visto compañías en «tournée» que llevaban cuatro obras, dos de despreocupada comicidad y dos de carácter dramático; en todos los sitios de su actuación, los empresarios locales han solicitado las cómicas y han rechazado las dramáticas; y en algunos sitios donde han sido representadas las cuatro, las de risa han dado una recaudación triple sobre las de llanto.

Como el fenómeno ha podido observarse en todas partes y en toda clase de públicos, se ha querido buscar una explicación satisfactoria a esa modalidad de gustos, a ese alarmante estado de la facultad electiva de los espectadores.

Una de las explicaciones es la siguiente: El tipo medio de humanidad actual vive en una continua preocupación y en una limitada estrechez; no le sobra el tiempo para reírse, para dialogar largamente y expansionarse en el clima del donaire y la comicidad. El hombre medio está desprovisto de la vitamina de la risa, y la busca con hambre de la manera y en la forma que sea. Un gran sector de público tiene siempre a flor de labios esta frase: «No me venga usted con dramas ni con preocupaciones, que bastantes nos ofrece la vida. Yo voy al teatro para distraerme.»

Esta explicación, precisamente por lo que tiene de lógica, es completamente falsa, porque nada hay más antilógico que la vida, y yo creo que la causa del éxito de los espectáculos cómicos no está aquí; es más no creo en el éxito de lo cómico porque sea simplemente cómico. Y creo que el mismo éxito alcanzaría lo trágico y lo espeluznante,

o lo simplemente serio y preocupativo, si el espectáculo tuviese el imponderable que proporciona el éxito.

¿En qué consiste este imponderable? Aquí está la cuestión. Si lo supiéramos, si pudiéramos dosificarlo a nuestro gusto en los espectáculos, la gente de teatro nos haríamos ricos muy fácilmente.

Yo he visto dos obras de un mismo autor. Leídas ambas, no se descubre en una mejor calidad que en la otra; las dos persiguen el mismo fin, las dos se dirigen a la misma clase de público, y, a pesar de todo, una de ellas alcanza un éxito portentoso, y la otra se hunde ante la indiferencia. Cualquier crítico u observador inteligente que se fíe de la lógica, se romperá la cabeza antes de comprender el porqué del éxito de la una y el porqué del fracaso de la otra.

La explicación es clara: en la del éxito se ha producido el imponderable; en la del fracaso, el imponderable brilla por su ausencia. ¿Cuáles son los factores del imponderable? ¿El momento? ¿El estado especial del público? ¿Algo que poseía la obra sin que el autor ni el público se hayan dado cuenta? ¡Vaya usted a saber! Yo quizás intentaría definir el imponderable, pero es muy posible que me equivocase.

Respecto a lo cómico y a lo dramático, yo vi en Madrid y en la anterior temporada el estreno de *La muerte de un viajante*. No sé por qué me pareció que la obra no podía ser del público. Es decir, sí sé por qué. La reiteración y la insistencia de lo sombrío en un tema homogéneo no se me antojaban aptas para un gran éxito.

En cambio, el éxito se produjo. Al representarse esta misma obra en Barcelona, y por ciertos imponderables que nos demuestran que los éxitos de Madrid no son los de Barcelona, y viceversa, creía yo que nuestro público, menos atento a la voz de mando de la crítica o de una determinada opinión que el público madrileño, es decir con más anarquía de gusto, no aceptaría con la misma adhesión una obra tan marcadamente sombría. Y mi equivocación ha sido rotunda; se ha producido otro imponderable, que no me es posible definir, y un público, que actualmente ha aceptado lo cómico, hasta la chabacanería y hasta la idiotez, se ha puesto de repente muy serio, y está llenando el teatro Comedia, y se complace y se satisface de una manera que no admite discusión en *La muerte de un viajante*.

No cabe decir que este fenómeno a mí me llena de alegría y de esperanza, porque destruye la fatalidad de los hombres de teatro, que postulan que lo cómico, mientras sea

cómico, y aunque sea aliterario o analfabeto, es materia suficiente para los negocios teatrales. No. Los negocios teatrales pueden hacerse con lo malo, con lo mediano y con lo excelente. Pueden hacerse con risas y con lágrimas. La clave del éxito es uno de los más sutiles y misteriosos arcanos, cuando se trata de obras puramente teatrales. No de obras teatrales mixtas, en las que el sonido, la luz, la piel femenina, el lujo y la variedad son elementos sobre los cuales se puede especular con probabilidades de acierto.

Yo me refiero a los dramas y a las comedias; a las farsas y a los melodramas; al teatro teatro. Y sobre estos viejos y actuales espectáculos he llegado a la conclusión de que no es verdad nada de lo que se dice sobre el gusto o el estado del público. Que el espectador no siente ninguna preferencia por ningún género. El dictamen del espectador es un papel en blanco, sobre el cual el imponderable —que puede ser la obra, los actores, el ambiente en que se produce, etc.— escribirá fatalmente, y sin que nadie lo pueda prever, la palabra éxito o la palabra fracaso.